

videncia y de humanidad.—*Milton Rossel A.*

CUATRO COMENTARIOS A LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA, por *Gregorio Marañón*.

1.—La Monarquía ha muerto de enquistamiento.—2. Las dos y cinco de la tarde: 14 de Abril de 1931.—3. Una lección severa al «señorito», plaga de nuestra sociedad.—4. La flecha de 1898 se ha clavado en el blanco de la libertad.

La Central de Ediciones y Publicaciones de Madrid, ha iniciado con este opúsculo de Documentos Políticos del Dr. Marañón, una serie de libros fundamentales, tales como «La Génesis del Capital», por Marx; «Cómo se realiza el socialismo», por Deslinieres; «El Leninismo teórico y práctico», por Stalin; «Imperialismo y Anti-imperialismo», (con unas cartas inéditas del General Sandino), por Falcón; «La decadencia del capitalismo» por Varga; «Terror Rojo y Terror Blanco», por Krilenko; «Ocho años de poder soviético», por Trotsky; «La Iglesia y el Estado», tres ejemplos de separación, por P. G. la Chesnais, y «Jornadas de Octubre», por Naumov.

Estas ediciones, de precio bajísimo empiezan a circular en el mercado librero americano con éxito evidente, contrarrestando con su difusión popular el precio alzado de la literatura, inalcanzable muchas veces, para el presupuesto modesto de obreros y estudiosos. La Central de Ediciones ha tenido un acierto al escoger cuatro estudios

de Marañón para iniciar esta campaña difusora.

Aunque los cuatro artículos eran conocidos y han aparecido insertos en la mayoría de los diarios americanos, su publicación en este folleto, realza una vez más la sobria y ejemplar obra analítica del maestro hispano, que ha sido el escarpelista paciente del cáncer ibérico y el afortunado controversista de todo espíritu reaccionario. Para los chilenos la obra de Marañón tiene un significado singular y de proporciones valiosas, por cuanto las causas y efectos políticos del último tiempo nos han sido comunes.

Copiada la dictadura de Primo de Rivera, asimilada su marcha conculcadora, verificado su crecimiento falso en el concepto público, también llegamos a la derrota de ese régimen por fuerzas espirituales de irresistible verdad.

Por esa circunstancia, cada palabra de Marañón es un veredicto sobre nuestros propios errores y para probarlo, bastaría sólo comentar marginalmente uno de los cuatro artículos que completan su opúsculo:

una lección severa al «señorito», plaga de nuestra sociedad.

Dice Marañón:

Así se fué constituyendo una formidable masa social, en realidad sin una ideología única, pues caben en ella las tendencias socialistas, los intelectualismos avanzados, el criterio conservador y *la más perfecta indiferencia*. Este gran volumen de ciudadanos estaba, por lo demás, al margen de

una organización única. Por todo ello *era muy difícil prever su futura actitud política.*

La tiranía chilena se derrumbó por falta de capitales que sostuvieran su falso prestigio, ya que sólo podía especular en el ambiente de nuestra indiferencia musulmana, sin alcanzar jamás al convencimiento espiritual de nuestras fuerzas sociales. El desconcierto manifestado durante 7 años, no daba el cálculo de las probabilidades futuras, porque tanto la moral como la acción marchaban a la deriva de los acontecimientos.

Y luego el temor, el silencio impuesto por la amenaza, la eterna canción del comunismo como cartel pavoroso, para la burguesía y el capitalismo calculista y abyecto. Dice Marañón:

La otra causa, ésta de tipo reaccional, epidérmico, fué sin duda la molestia que producía el tono de la propaganda monárquica hecha a base de amenazas tan ridículas que presuponían un verdadero cretinismo en sus oyentes y lectores. A muchas de estas gentes, seguramente inclinadas en circunstancias normales hacia la Monarquía, les oí asegurar aquellos días que votarían a la República, sólo como protesta contra los que juraban que el triunfo de las izquierdas iría seguido del asalto de los Bancos, de la violación de sus hijas y de la desaparición de la familia. Si se coteja el número de ejemplares vendidos en Madrid por los periódicos que proclamaban estas desventuras con el número—mucho menor de los votantes por la Monarquía, resulta evidente que una buena parte de los electores de la República estaba formada por lec-

tores de periódicos inhábilmente realistas.

La burguesía ahita de prejuicios y la militarada afanosa de mantenerse en el poder, buscaban el determinativo de un peligro, para amenazar a los timoratos, que son la mayoría desgraciada de los pueblos, ya que el primer paso de vasallaje que ejerce el capitalismo es la confusión de las conciencias y la absorción de la personalidad. Para eso no escatima su propaganda felona.

El párrafo transcrito parece vivido en Chile y su aplicación a nuestro sistema está fabricado sobre medida.

Y finalmente, dice el autor:

Representa, esta revolución, para el futuro social de España la lección severa al «señorito», plaga de nuestra sociedad, que cualquiera que sea el porvenir político del país, será pronto una fauna incompatible con la vida nacional. El señorito «*aristócrata o no*», porque crece en todas las latitudes sociales, que a costa de capitales improductivos, o de sueldos otorgados por el favor y ganados sin esfuerzo y sin dignidad, pasaba la vida ocioso, cerrado el entendimiento y el corazón a todos los progresos del espíritu y a todas las generosidades, ha sido ahora aplastado por la burguesía trabajadora, su enemigo inmediato. El señorito no se da cuenta de ello, y echa la culpa a los comunistas y anarquistas, que no existen, por fortuna, para él, porque, de existir, otra hubiera sido su suerte. Le es más fácil suponer que su enemigo es un revoltoso iracundo, de los que puede detener la Guardia Civil para que él siga disfrutando de su pere-

za. No ve que es toda una clase social que le pisa los talones, y que con moderación en la forma, pero con energía inflexible le invita a renunciar, cuando aun es tiempo para ello, a un tipo de privilegios que ya no existe en ningún país civilizado.

No merecen mayores comentarios estas observaciones encuadradas perfectamente a nuestra estructura social (por algo bebimos en sus linfas de sangre) y la similitud de nuestros problemas tiene un arraigo conmovedor, tanto en la adaptabilidad del sistema dictatorial como en el azote despiadado que merecemos por la falta de originalidad. Marañón al estudiar el problema español, ha dilucidado un problema indo-americano.

Y hasta en el final de su artículo enjundioso y medular, hay un párrafo, que podría ser el compendio de todo cuanto ha dicho este hombre arrestado, avanzado y vidente desapasionado:

Todo dependerá de que encuentren los hombres capaces de organizar y dirigir esta gran masa y de que no predomine sobre ellos el espíritu cerril que hasta ahora había caracterizado a las derechas españolas. Si éstas tienen instinto de conservación, deben aprender la lección y buscar en adelante el peligro, no en el remoto comunismo, sino en su propia incapacidad de evolucionar.

No hay duda que Marañón habla a la América india, viva de reflejos y de refracciones.—G. L.

ENSAYO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE ESPAÑA, por *Salvador Madariaga*.

El caso de Madariaga es, entre los ensayistas españoles de la hora presente, de singular notoriedad; desde luego, por el punto de vista en que sus viajes y su cultura lo han situado. Me refiero a su visión de España fuera de España, lo que da un carácter excepcional a la perspectiva psicológica de su interpretación.

Evoco el grito angustioso de Larra en los primeros años del siglo XIX, tratando de precipitar con su aguda sátira la tardía evolución de la sociedad española de aquellos tiempos, los ojos vueltos hacia Francia. Evoco a Clarín, desterrado en su lluviosa Oviedo e incomprendido en Castilla, el pensamiento fijo en París, único modelo digno de imitarse.

Y Larra y Leopoldo Alas, como más tarde Ortega y Gasset, germanizando a un país de vehemencias indisciplinares, exageraban la nota sin duda y veían con negros colores el porvenir de España; la salvación, para ellos, consistía en europeizarla rápidamente.

El acercar España al Africa y volverle las espaldas a Europa (la tesis de Unamuno y de Reparaz) a pesar de las poderosas razones étnicas e históricas que la apoyan, es también inaceptable en su exagerada tendencia iberista.

España recibió, es verdad, a fenicios y cartagineses (en el ejército de Aníbal había gran cantidad de iberos) como hermanos, pero las